
GACETA MEDICA DE MÉXICO

—•••—
PERIÓDICO

DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE MEXICO.

CLINICA MÉDICA.

—•••—
INTERMITENTES PERNICIOSAS.

Próximo á terminar un trabajo de cierto interés, que pensaba dedicar esta noche á la Academia, han ocurrido en mi práctica algunos hechos de tanta gravedad, y de tal interés científico y social, que aplazo aquel por unos dias, y pido la atencion de la Academia sobre el relato que voy á hacerle.

Desde los últimos dias del año anterior, han venido repitiéndose en la ciudad algunas muertes repentinas, ó al ménos de una rapidez extraordinaria, que á veces han podido atribuirse á alguna enfermedad anterior que llevara consigo el paciente, pero que en otras han quedado sin explicacion alguna. Yo he presenciado accidentalmente ó en consulta, algunos de esos hechos, y confieso con lealtad, que cada uno de ellos venia dejando en mi espíritu una sensacion más y más extraña, nacida de la desproporcion que habia entre la gravedad ostensible del accidente, y el padecimiento real que acusaba el enfermo. Unas veces simulaba aquel una angina de pecho, otras se ofrecia con el carácter de una neuralgia más ó ménos violenta; pero en todos, el cuadro era de una angustia grande, que rápidamente conducia á la muerte.

Bajo la impresion de estos sucesos desgraciados, han venido á mis manos los tres hechos que voy á referir; y me esforzaré en pintarlos con toda la verdad que han ofrecido, á fin de que pueda juzgarse rigurosamente de la exactitud con que fueron apreciados.

El primero, ocurrió la noche del 25 del próximo pasado Febrero, en la Sra. Doña R. de R.; persona de buena salud, de cosa de 30 años de edad, y que está criando su segundo hijo de siete meses. Esa mañana, al volver de una visita muy distante, resintió un dolor como de reuma en toda la espaldilla, hombro y clavícula derechos, que atribuyó á ha-

ber venido cargando á su niño en algunos tramos del camino de fierro; dolor algo molesto, pero que no se acompañaba de otro sintoma notable, y que persistió con tenacidad, á pesar de algunas friegas narcóticas y excitantes, hasta las diez y cuarto de la noche. En esta hora se agregó una sensacion indefinible de malestar general, de enfriamiento y de opresion, y esta última creció con rapidez hasta las once, hora en que llegué al lado de la enferma, llamado con suma urgencia. Como la víspera la habia yo visto, con otro motivo, llena de salud y de frescura, me sorprendió hallarla en esta vez pálida, con la fisonomía descompuesta y cubierta de sombras violadas, expresando una grande angustia y con algun sudor frio y glutinoso en la frente: toda la piel estaba fria, las uñas moradas, el dolor fijo en los mismos lugares, y sobre todo, una respiracion algo frecuente, (42) breve, incompleta, como abortada, suspirosa, con un gran sentimiento de opresion y de abatimiento de fuerzas próximo al desmayo. Un exámen escrupuloso del pecho y de todo el resto de la economía, no me hizo descubrir lesion alguna, si no es la pequeñez, concentracion y frecuencia del pulso (116).—En el acto la hice tomar un poco de vino caliente, y que se diesen friegas continuas excitantes en el espinazo y miembros; y tan luego como llegaron de la botica, sustituí éstas con una pomada cargada de sulfato de quinina, y administré yo mismo un escrúpulo de esta sal al interior.—Poco á poco la ansiedad fué apaciguándose y haciéndose más completa la respiracion: á la una de la madrugada habia vuelto el calor, desaparecido la cianosis, y restableciose la confianza y la tranquilidad de la enferma: solo persistió el dolor, que fué desvaneciéndose paulatinamente, hasta desaparecer el 1.º del corriente.

El segundo hecho tuvo su principio la noche del 2 de este mes, y recayó en el Sr. E., de una constitucion regular, en lo general de buena salud, que solo perturban algunos trastornos habituales en las digestiones, y, hace cosa de año y medio, un dolor violento entre el hipocondrio y el flanco derechos, que el Sr. Ortega (D. F.) sospechó que fuese un cólico nefritico. En aquella noche, hallándose sentado en el teatro, tuvo que forzar su postura, torciendo el cuerpo para dirigirse á algunas personas situadas un poco á sus espaldas, y al volverse de pronto á su posicion natural, sintió un dolor agudo, como de torcedura en una costilla del lado izquierdo, el que siguió inquietándole toda la noche, por no dejarle tomar postura cómoda en la cama. Al dia siguiente, 3, hallé al paciente molestado todavía por el dolor, que ocupaba la novena costilla izquierda, circunscrito al espacio que ocupan las digitaciones correspondientes

musculares, las que se sentian hinchadas y muy dolorosas al oprimirlas: ese dolor subia de punto, ó mejor dicho, se resentia al respirar con fuerza, al sonarse, al cambiar ciertas posturas, y principalmente al querer toser ó estornudar; pero ni era acompañado de tos, de ansia, de reaccion ni de otro síntoma alguno perceptible por la percusion ó la auscultacion. Participé de la idea del enfermo, de que aquello no era más que una simple torsion muscular, y le prescribí cierta quietud y alguna friega calmante; pero el mal continuó, aunque ménos incómodo y estorboso, hasta la noche del 7, en que se exacerbó y comenzó á propagarse en la direccion de las cóstillas inferiores hasta el epigastrio: así lo encontré á las 10 de la noche, en que comenzó á inquietarme cierta dificultad que noté en la respiracion y alguna calentura (92), pero sin otro síntoma interior alguno; lo que me hizo prometer que volveria al dia siguiente temprano; mas por desgracia me lo impidieron atenciones urgentes, y á las dos de la tarde del 8, hallé que desde las doce y media se me habia buscado con urgencia, porque el dolor habia crecido á esa hora extendiéndose al flanco del mismo lado, y alarmaba al enfermo y á la familia cierto estado general grave; por lo que se hizo venir violentamente al Sr. Ortega, quien administró desde luego cinco gotas de láudano, hizo una inyeccion hipodérmica de morfina y dejó prescritas unas cucharadas de jarabe de hidrato de cloral. A petición del enfermo, el Sr. Lucio (D. L.) le hacia respirar cloroformo cuando yo llegué.—El aspecto del enfermo me hizo una viva impresion; su fisonomía estaba descompuesta, sombreada y con ojeras profundas; sudaba la frente y el cuello; las manos y los piés estaban algo fríos, y las uñas moradas; la voz era algo ronca, confusa y apagada; la respiracion frecuente (á 48), corta é incompleta; pulso concentrado á 100; el dolor persistia propagado al epigastrio y á todo el flanco izquierdo, causando al paciente una sensacion de angustia y desmayo, que él decia como de una válvula que comprometia su respiracion; abatimiento general; ningun otro síntoma por parte del pecho, del vientre ó de otra parte.—En el acto hice traer tres escrúpulos de sulfato de quinina, de los que administré uno, y encima un poco de vino generoso, y comenzaron á darse fricciones con una pomada cargada con la misma sal y un grano de arsenito de sosa: á poco rato apliqué un vejigatorio en el lugar del dolor. A las tres y media el Sr. Ortega, y á las cinco el Sr. Lucio (D. R.), me hicieron el favor de ocurrir á mi llamado, y apoyaron, como prudente, mi resolucion de usar del anti-periódico. El enfermo permanecia inmóvil en posicion supina, algo más tranquilo, durmiéndose á cada paso, ménos desfigurado, pero con su respiracion entrecortada y el pul-

so á 100. A las seis de la tarde, comenzó un sudor general caliente, bajó el pulso á 92, y se hizo más profunda la respiracion. A las once de la noche, el pulso dió 80 y se habia desenvuelto, la respiracion era casi natural, aunque en jaque por el dolor; se habian disipado las sombras de la cara y el color de las uñas: el dolor se mantenía, aunque el enfermo procuraba con su inmovilidad no excitarle: se quejaba éste de sed y de la aspereza que dá el cloral en la garganta; tomaba el agua con delicia, y, obligado por mí, pudo orinar con alguna dificultad y molestia que le ocasionaba la postura, y con algun ardor: la orina, dejada en reposo y examinada el dia siguiente, ofrecia algun depósito de ácido purpúrico. La noche se pasó tranquila, y durmiendo á ratos: en la madrugada solo se quejaba el paciente del dolor, reducido ya á la costilla, porque le impedía sus movimientos y la absoluta libertad de la respiracion, de la sed y de la cama. Se administró un segundo escrúpulo de quinina y una segunda friccion con la misma. A la una, el pulso se levantó á 100, pero sin otro accidente, y á la media hora bajó de nuevo á 80 para no volver á subir. Desde entónces el dolor de la costilla ha ido apaciguándose lentamente, pero impidiendo siempre los esfuerzos de tos, de estornudos, etc., y aun la libertad de movimientos en la cama.

La tercera observacion es más reciente y tambien más sencilla, y me dió ocasion para ella la Srita. A. L. C., jóven de 19 años, robusta y de una salud perfecta. El 10 del actual en la mañana, al levantarse de co-ser largo rato en la máquina, como tenia de costumbre, sintió un dolor vivo en el espinazo, que se extendia desde el hueso prominente del cuello hasta en medio de las espaldillas, y por la derecha de éstas hasta el hombro; dolor que dificultaba los grandes movimientos del brazo correspondiente y que, teniéndole por reumático, fué tratado con friegas de opodeldoc, bálsamo tranquilo y otras, pero inútilmente. No obstante el dolor, y tal vez para distraerle, iba esta jóven á las 5 de la tarde, á bajar al coche en que la esperaban sus amigas para ir al paseo, cuando sintió una especie de vértigo que la obligó á apoyarse, para no caer, contra el barandal del corredor, de donde la metieron en brazos, pálida, convulsa, quejándose de frio y de que el dolor habia invadido todo el pecho y la sofocaba, porque oprimia como con un cincho todo el rededor del pecho. Media hora despues acudí á su lado, llamado con violencia, y la hallé derribada á plomo en su cama en un completo abatimiento, pálida, desfigurado el semblante y con una expresion marcada de angustia, sustituido su hermoso color con sombras oscuras alrededor de los ojos y de la boca, fria y con un sudor pegajoso en la cara y los brazos, amoratadas las uñas,

respirando con dificultad y con movimientos breves, incompletos y frecuentes (56), quejándose del dolor que se habia generalizado á todo el pecho, y de la opresion con que la ahogaba: hallé el pulso muy frecuente, á 132, pequeño y depresible: ningun síntoma me dió el exámen atento y minucioso que hice de los órganos del pecho, ni en el resto de la economía.—En el acto hice que le diesen una copita de coñac en agua caliente, que le pusiesen sinapismos en los miembros, que continuaran las friegas estimulantes en la espina, y á pocos momentos la hice tomar treinta granos de sulfato de quinina por la boéa, y doble cantidad en lavativa, y que se empeñaran en hacer embeber por el cútis una pomada fuertemente cargada de quinina y con arsénico.—A las ocho de la noche el cuadro era casi el mismo; solo se notó que el pulso se habia puesto ancho y duro, y que el sudor aparecia algo caliente y natural en el pecho.—A las diez y media, el calor general se habia restablecido, vuelto algun color natural á la cara, desaparecido las sombras de ésta y de las manos: persistian el dolor y la angustia, pero la respiracion era ménos frecuente (48), y más completa y profunda: habia 132 pulsaciones, tendencia al sueño. Se durmió á poco rato, y aunque agitado é interrumpido su sueño, y pidiendo agua con frecuencia, pasó regular la noche.—A las 7 de la mañana siguiente, 11, la encontré abatida y maltratada, pálida y sedienta, pero con su aspecto y fisonomía normales; se quejaba del dolor, pero reducido á los puntos de la mañana anterior, ménos fuerte y sin opresion; la respiracion, en efecto, era completa, aunque un poco embazada por el dolor, y con su frecuencia normal: el calor era halitioso y suave: el pulso dió 76.—La hice tomar un escrúpulo de quinina y friccionar con la pomada de la misma sal.—A las cuatro de la tarde hubo un sudor abundante y general, sin frecuencia de pulso ni opresion.—Desde entónces todo ha seguido bien, con excepcion del dolor, que aunque muy disminuido, casi nulo, persiste aún en los momentos que esto escribo.

Tengo la conciencia plena de que en estas tres ocasiones, el sulfato de quinina, aplicado con valentía, ha enfrenado en primer lugar un acceso, que desenvuelto libremente, habria acabado en pocos minutos con la vida de los enfermos, y que ha prevenido despues la repeticion de otros igualmente mortales. Meditando atentamente y con frialdad sobre las circunstancias que los acompañaron, salta desde luego á la vista el contraste que ofrece la alta gravedad del accidente, mejor dicho, lo imponente de los desórdenes funcionales con la pequeñez de la única lesion material

que se encontraba. En todos hubo como primer indicio del mal, un dolor exterior insignificante, que por muy intenso que se le suponga, jamás podría conmover las principales funciones del organismo á un grado tan comprometido. Para desenvolver una ansiedad tan angustiosa, rodeada de los signos de una asfixia inminente, para acelerar y concentrar la circulacion al grado que lo hemos visto, para abatir las influencias nerviosas hasta el desfallecimiento completo y la lipotimia, habria sido precisa una enorme lesion material de los pulmones ó del corazon, ó una lesion profunda é irremediable del centro cerebro-espinal; y esto con una causa bien determinada y proporcional, con algun antecedente en el individuo, desenvolviéndose en una graduacion conocida, proporcionando sus manifestaciones sintomáticas ó la importancia de la lesion, y sobre todo, dejando ciertos vestigios despues de una declinacion graduada. En los tres hechos que presento, muy al contrario, los motivos á que se atribuyó el ataque, más que de causas tienen la apariencia de pretextos: el dolor ofrecia toda la apariencia de una reuma insignificante; el acceso recayó en personas perfectamente sanas de los órganos que aparecieron más comprometidos; estalló súbitamente y llegó por instantes al más alto punto de gravedad; desarrolló de súbito un aparato imponente de síntomas en que se comprometieron de una manera gravísima las funciones de órganos que en aquel mismo momento se mantenian en una integridad completa, y al desaparecer con rapidez, nada dejó en éstos que indicara la menor lesion. ¿A qué clase, pues, de desórden anatómico podia atribuirse la borrasca comprometida que se tenia delante? ¿Qué clasificacion se habria dado al mal en el caso, para mí inminente, de que hubiese sucumbido alguno de mis enfermos?

No habiéndose descubierto lesion alguna material en el organismo, que diese cuenta de una perturbacion funcional tan grave, era preciso buscar la causa en las influencias exteriores; y la situacion sanitaria en que hoy se encuentra la Capital, dá la explicacion más completa y satisfactoria. Por un abandono de las Autoridades, que no me cansaré en deplorar, por repetidas que hayan sido mis indicaciones, las emanaciones infecciosas, y especialmente las pantanosas, que envuelven á la poblacion, han llegado en estos dos últimos meses, en que el invierno no se ha hecho sentir, al punto de multiplicar de una manera extraña todas las enfermedades de aquel género; y las intermitentes son hoy tan vulgares, que aun las de tipo continuo revisten ese carácter, á lo ménos en sus primeras manifestaciones. Era, por lo mismo, ya de temer que los ataques exóticos y de otro modo inexplicables, que tenia yo bajo mi ob-

servacion, tuviesen su origen en esa influencia maléfica, y la forma especial que todos ellos revistieron, conocida con la denominacion de sofocante, les dió en mi juicio toda la evidencia de un acceso de pernicioso de esta especie: evidencia que se puso más en claro con el resultado obtenido por el tratamiento.

Confieso con toda la ingenuidad que debo á mi carácter, que al venir á mis manos los sucesos referidos, se hallaba ya mi espíritu fuertemente preocupado con la idea de que muchos, si no todos los desgraciados de su género que les habian precedido, eran accesos malignos, que podrian recaer alguna vez en personas predispuestas, pero que esencialmente tenian su origen en la constitucion atmosférica que hoy nos envuelve: confieso tambien que pudo alguna vez aumentar mi alarma el interés amistoso que me inspiraran mis enfermos; mas por un lado, era imposible que accidentes insólitos tan parecidos, sucediéndose con una repeticion alarmante, mortales en la generalidad y en muy pocas horas, ó no dejando al ser dominados, vestigio alguno de lesion orgánica; era imposible, repito, que en la generalizacion que iban tomando, pudiesen atribuirse á otra cosa que á una influencia tambien general, que no podria estar sino en el aire que respiramos; y en cuanto al exceso de temor que pudiera excitar el enfermó, harto habituado estoy á presenciar escenas terribles y á dominarme, para sobreponerme á la situacion que crian, para tener hoy derecho de afirmar que aquellos sucesos pusieron mi espíritu en un conflicto realmente penoso; que hubo momentos en que creí perder mis enfermos, y que al tomar la resolucion suprema de atacar vigorosamente el acceso que tenia delante, aun en medio de su mayor intensidad, sin esperar como es de regla el periodo de calma, fué con el intimo convencimiento de que eran accesos malignos, tal vez mortales en el primer momento.

De muchos años atrás he venido señalando en mis escritos y en mis lecciones, el incremento progresivo que de año en año toman en la Capital las calenturas intermitentes, y he denunciado la causa y propuesto el remedio: por una fatalidad hemos alcanzado la época, fácil de preverse desde entónces, en que ellas revistieran el carácter pernicioso de nuestros climas más insalubres: quiera Dios que no las veamos establecerse entre nosotros como una endemia habitual, ni que tengan que deplorar sus efectos en sí ó en sus familias, los que debian reputar como primera la obligacion de velar ante todas cosas por la salud pública.

México, Marzo 17 de 1875.

MIGUEL F. JIMENEZ.